

HK no Viaja a América del Sur

Períamamiento
Iberoamericano

(Mayoría, Buenos Aires)

LA suspensión —por tiempo indefinido y hasta nueva orden— del viaje que el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, planeaba realizar por América Latina, descubre las dificultades de Washington para estructurar una política de largo aliento hacia América Latina. Hasta ahora, esa política se caracterizaba por sus contradicciones y su falta de coherencia, que a menudo aparecen como frutos del choque entre el Departamento de Estado y el Congreso.

Esta es la séptima vez que Henry Kissinger suspende una gira por América Latina, y quizá no sea la última. Los temas que se proponía discutir con los mandatarios de la Argentina, Brasil y Venezuela, han quedado por ahora en carpeta, hasta el mes que viene, cuando se realice en Washington la asamblea general de la Organización de Estados Americanos (O. E. A.).

Resultaría estéril atribuir la suspensión del viaje a una actitud despectiva de Kissinger con respecto a América Latina. Los dirigentes norteamericanos parecen obligados por los hechos —en este caso el desplome militar de sus aliados en Indochina— a actuar permanentemente “de contragolpe” sin tiempo ni ímpetu para otra cosa que no sea la atención de los problemas más urgentes, allí donde éstos se presentan. Esta suerte de improvisación ya se hizo notable en Medio Oriente, en Portugal y en la crisis monetaria que afecta a todos los países industriales de Occidente. En cada uno de esos casos, Estados Unidos no logró estructurar sino respuestas más o menos eficaces, pero sólo cuando se encontró ante el primer sistema de señales: el hecho consumado.

Todo parece indicar que el viaje de Henry Kissinger —y, consecuentemente, el inicio de conversaciones tendientes a dar organicidad y coherencia a las relaciones con América Latina— deberá esperar una época de mayor bonanza planetaria para cumplirse. Las múltiples voces que —incluso en Estados Unidos— advierten que América Latina es el terreno donde el conjunto de las tendencias históricas actuales podrá alcanzar su máxima tensión, no parecen capaces por sí mismas de modificar la actitud de los dirigentes norteamericanos. La perspicacia de Henry Kissinger, a quien por cierto no se le oculta que América Latina ha dejado ya de ser el “patio trasero” de la superpotencia, tampoco puede modificar el curso global de la política externa de Estados Unidos, al parecer condenada a obrar detrás de los acontecimientos.

Lo grave es que en el campo latinoamericano, algunos sectores han reducido sus expectativas de desarrollar una política propia al resultado de las tratativas con Kissinger. Esta actitud se revela tanto más estéril, cuando basta la lectura de los titulares periodísticos que indican hasta qué punto hoy parece cuestionada la presunta omnipotencia de los imperios, y hasta qué límites el reflexivo canciller Henry Kissinger se ve obligado, en ocasiones, a olvidar su condición de profesor de Harvard, para volver sobre las huellas de Foster Dulles, de quien tantas características personales lo separan.

No hay dudas de que la relación entre Estados Unidos y el conjunto de los países latinoamericanos ha entrado ya en una etapa inédita, tanto por el creciente grado de cohesión

alcanzado por estos últimos, como por la falta de respuestas orgánicas proporcionadas por Washington. La amplia repulsa contra la Ley de Comercio Exterior norteamericana y el consenso logrado por Panamá en torno a la defensa de su soberanía en el canal, son sólo síntomas de un fenómeno que tiende a profundizarse. Sin embargo persisten en América Latina grandes lagunas de incompreensión, de “política pequeña”, de falta de coherencia política. Sólo una modificación muy radical de esas carencias puede transformar a América Latina en un interlocutor válido —no un contendiente o un mendigo— con relación a Washington. Y para operar sobre ese terreno, la primera medida debería consistir, quizá, en despojarse de ilusiones en torno a las propiedades mágicas de los viajes de Henry Kissinger o de las entrevistas en la cumbre.

Los problemas de la integración latinoamericana —sin la cual no existe resquicio histórico alguno que permita la realización individual de un solo país del continente—, los múltiples desafíos que la necesidad de desarrollo económico, político y social plantean a nuestros países, no admiten que se aguarde un gesto, una señal de Estados Unidos para comenzar a enfrentarlos. El esperar todo —o, simplemente, el esperar demasiado— del diálogo con los dirigentes norteamericanos, resulta entre otras cosas inconducente y estéril. Ello resultaría, asimismo, inexplicable, sobre todo en países como Argentina, cuya práctica histórica —especialmente la que llevó a cabo el peronismo— está poblada de iniciativas y de ejemplos generosos en torno a la unidad latinoamericana.